

La Salle en la historia de la cultura y la educación

*EDGARD HENGEMÜLE, FSC**

Este texto es fruto del análisis de más de dos centenares de libros relacionados con la Historia de la Educación¹ en los cuales se habla de Juan Bautista de La Salle y de su obra, especialmente del Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas.

En él se examina dónde y cómo los autores ubican al «Patrono de los Educadores» en la Historia de la Cultura y particularmente de la Educación; se hacen algunas consideraciones sobre las lecturas que los historiadores hacen de La Salle y su obra, y se concluye con algunas rápidas sugerencias y pistas de reflexión.

I. LA SALLE EN LA HISTORIA DE LA CULTURA: UN EDUCADOR MODERNO

Con relación al tiempo histórico-cultural, los autores de Historia de la Educación, de forma frecuente y variada, conectan a San Juan Bautista de La Salle con la modernidad. Para un buen número de ellos, La Salle es moderno,

* Profesor de Historia de la Educación, Porto Alegre, Brasil.

¹ Los conceptos y hechos aquí sintetizados se encuentran desarrollados en: *La Salle, uma leitura de leituras*. Canoas: Centro Universitário La Salle, 2000.

pero en dos sentidos distintos. Para unos, en el sentido común; para otros, en el sentido académico del término.

En el sentido común, en el uso popular, ¿qué es lo que la gente entiende por moderno? ¿no es alguien en sintonía con el progreso? ¿alguien no preso del pasado, que, incluso rompe con él cuando es necesario? ¿alguien que promueve la innovación y, en algunos casos, se anticipa al futuro?

Pues hay autores que no sólo ven a La Salle en sintonía con el progreso, abierto a él, sino como un educador que lo promueve. Giolitto (p. 383)², por ejemplo, cree que la introducción, por la *Guía de las Escuelas*, del uso del dictado en el aprendizaje del idioma, introducción que hizo avanzar la enseñanza de la ortografía, constituyó un verdadero progreso educacional.

En lo referente a la ruptura con el pasado, en el caso de La Salle, Hamilton (p. 25) cuenta así su experiencia:

«Yo no tenía idea de por qué tantos historiadores –aun aquellos que no consideraban lo suficiente su contribución a la enseñanza simultánea– no tenían dificultad en afirmar que la pedagogía de La Salle había producido una ruptura con el pasado».

Después, todavía, de haber estudiado «los refinados detalles del manual de La Salle, la *Guía de las Escuelas*», él concluyó que «el trabajo de La Salle era parte de la revolución intelectual del siglo XVIII, asociada con el nombre de René Descartes. Si éste había hecho una ruptura con el pasado (en filosofía), entonces yo podía, por mi raciocinio, sostener, con fundamento, un argumento similar con relación a La Salle» (en educación).

² En la bibliografía se indican los años de publicación de los libros de los cuales se toman las citas. En el texto, tal indicación sólo se hace para distinguir dos obras diferentes del mismo autor, o dos autores con el mismo apellido.

En el mismo sentido, Giles (p. 160) piensa que el Fundador de las «Escuelas Cristianas», «representa un elemento perturbador al interior del proceso educativo tradicional». Pero el mismo autor se complementa afirmando que el pedagogo de Reims, además de perturbar, «prepara nuevas perspectivas». Introduce así, la idea de la innovación en La Salle. Sobre este aspecto de la modernidad en la comprensión popular, Testori y Guaschetti (p. 202) hablan de «sus, para aquel entonces, audaces innovaciones». Y Cole (p. 367) piensa, por ejemplo, que un aspecto nuevo introducido por el fundador de los Hermanos de las Escuelas Cristianas es «el concepto de un hombre inteligente que se ejercita específicamente para enseñar a niños y dedicar luego su vida entera a un menester tan elemental».

Manacorda (p. 235), al hablar de que en la *Guía* se mezclan «lo antiguo y lo nuevo de manera singular», añade: «Si queremos leer algún documento análogo, donde aparezca con más evidencia (aunque con sus contradicciones) la búsqueda de lo nuevo, será necesario esperar el final del siglo» en el cual la *Guía* se imprimió, es decir, el siglo XVIII.

Afirmar que es necesario esperar decenas de años para que aparezca algo semejante a la *Guía* en términos de novedad, equivale a afirmar que esta obra y su(s) autor(es) estaba(n) adelantado(s) en algunas decenas de años a sus contemporáneos; que se adelantó(aron) a su tiempo, lo cual es otro elemento de la representación popular de la modernidad.

En otros pasajes, hay autores que entienden por modernidad de La Salle el hecho de que él, en determinados aspectos, y hasta cierto punto, participe en las características y comulgue con el período cultural que comienza con el Renacimiento humanista y que se extiende hasta la llamada postmodernidad, y que, entre otras cosas, está marcada por un creciente antropocentrismo, por el nacimiento y ascensión política, económica y social de la burguesía y por la generalización de la escolarización.

El antropocentrismo creciente tomó expresiones como la afirmación de lo profano y la desclericalización de áreas del mundo cultural. En cuanto al primero de estos aspectos, confirmando el pasaje de las *Meditaciones para el tiempo de Retiro* (MR 206.1) que afirma que enseñar las asignaturas profanas es también «de estricta obligación» del maestro lasaliano, los historiadores destacan, por ejemplo, la importancia atribuida por La Salle al uso de textos profanos, como las *Reglas de Cortesía y Urbanidad*, en el octavo nivel, y de textos manuscritos que se llaman registros, en el noveno nivel de lectura.

En la línea de la desclericalización, Leif y Rustin (p. 85) recuerdan que La Salle, como niño y joven, frecuentó una escuela oficial (el Colegio de la Universidad de la ciudad de Reims), cuando sus padres disponían de la alternativa de matricularlo en el colegio de los Jesuitas que allí funcionaba en Reims y que ellos podían pagar cómodamente. Y son vistos en la misma dirección hechos como la preferencia concedida por La Salle al francés en relación con el latín, idioma marcadamente eclesiástico, y la creación de un Instituto docente conformado por miembros no sacerdotes, y de seminarios para los maestros del campo, preparando, de esta forma, maestros, religiosos y seculares, todos laicos, para una tarea hasta entonces, en buena parte, reservada al clero (Cfr. Manacorda, p. 228).

Los autores examinados anotan la presencia progresiva de la burguesía, sobre todo de la pequeña, en la primitiva escuela lasaliana, especialmente después del funcionamiento de ésta en Ruán, y observan en ella algunas facetas muy del gusto de esta categoría social y aptas para responder a sus necesidades e intereses. Hasta el punto de que, poco después de la muerte del fundador de la escuela lasaliana, ésta, conforme a la afirmación de Furet y Ozouf (p. 92), ya aparece «plenamente moderna; tan moderna que escapa, en parte, a su finalidad religiosa y caritativa, para figurar, muchas veces, a los ojos de la burguesía de las Luces, como el modelo de la escuela útil».

Una de las prácticas educativas lasalianas examinadas por los historiadores es el control del aprendizaje a través de la verificación, de exámenes frecuentes.

Si de un lado hay autores que, en la perspectiva de Foucault, ven en el examen un instrumento de control, de otro, los hay que conectan esta práctica con un rasgo burgués: la meritocracia, es decir, la condición social y económica no fruto del nacimiento, sino conquistada con el estudio y el trabajo.

Otro trazo identificador de la modernidad es lo que Novoa llama la «civilización escolarizada», «construida en el siglo XVI y siguientes» (ap. Nunes y Carvalho, p. 13). En ella, la escuela se convierte en un hecho común, y el leer y escribir, una necesidad generalizada. La Salle, reconocen los historiadores de la educación, contribuyó al surgimiento de esta civilización, defendiendo y promocionando, hace más de trescientos años, la enseñanza universal, independiente del nacimiento o de la condición económica de las personas.

En el interior de este período histórico-cultural conocido como modernidad, en algunos conectan a La Salle todavía con el Humanismo renacentista. Un grupo importante lo ve relacionado y comprometido con la Reforma Católica y el Concilio de Trento, Reforma que, por las circunstancias, se hizo Contra-reforma, y Concilio cuya «aceptación», en Francia, se retrasó considerablemente. Y Manacorda (p. 228), en posición singular, defiende el punto de vista de que La Salle y sus Hermanos son más bien post-reformistas.

Otros, finalmente, lo consideran en camino hacia el Iluminismo, de la Revolución científica. Particularmente Hamilton (p. 26), el cual, además de ver a La Salle realizando una ruptura con elementos del pasado en el campo de la educación, en paralelo con la efectuada por Descartes en el dominio de la Filosofía, considera la rigurosa organización escolar lasaliana como la expresión, en el terreno educativo, «de una aspiración más general de la Revolución científica: la adopción de abordajes “sistemáticos” (o racionales) para la concepción y la administración de instituciones sociales».

II. LA SALLE EN LA HISTORIA DE LA EDUCACIÓN

Monroe (1912, p. 637) dice que la «gran obra educativa» de La Salle «le mereció un lugar importante en la Historia de la Educación». Entre los autores que describen esta historia, dos tercios lo incluyen entre los educadores y pedagogos dignos de mención.

¿Más educador o más pedagogo? Giolotto (p. 31) ve en él, al mismo tiempo, un «práctico entusiasta» y un «teórico esclarecido». Pero, en el conjunto de los autores, es mayor el número de quienes lo consideran más educador que pedagogo. Power (p. 349) sintetiza tal juicio al afirmar que «fue, como hombre de acción, organizador de las Escuelas del Instituto, más que como elaborador de teorías como dejó su marca en la educación».

Su educación es, para Edelvives (p. 400), «el ápice de toda una serie de intentos generosos por establecer y perpetuar la escuela popular gratuita». Lo mismo afirma Vincent (1980, p. 20), en otros términos: «La escuela de los Hermanos de Juan Bautista de La Salle es el punto de llegada de un proceso de transformación, y lleva lo que se esbozaba en el tiempo (con P. Fourier y las Hermanas de Nuestra Señora, Carlos Demiá, etc.) a un punto de perfección tal que el modelo se impone por lo menos por dos siglos».

Los autores que hacen a La Salle objeto de su consideración, ¿qué postura toman frente a él? Aproximadamente el 75% muestran simpatía con relación a él, en grado total o casi total, siendo algunos panegiristas y alguno hasta polémico en su favor. Un número relativamente significativo, un 15%, se mantiene en la actitud intermedia, mezclando apreciaciones positivas con restricciones en grados variados. Y un grupo más reducido aún, cerca del 10%, es declaradamente crítico y algunos, polémicos frente a él y su obra.

Considerando el lado positivo, ¿cuáles son las cosas que los historiadores de la educación acreditan o atribuyen a La Salle, en el campo de la educación?

Hay una serie de puntos sobre los cuales insisten los historiadores. En síntesis, lo que repiten, con más o menos frecuencia, es que La Salle:

1. Cooperó en la generalización de la enseñanza

Sobre este tema, lo primero que dicen los autores es que la enseñanza universal en La Salle es un principio y es un hecho. En segundo lugar dan las razones que, a su entender, tenía La Salle para defender y promocionar la enseñanza extendida a todos. Pero al conjunto de ellos les escapa la principal, la de la fe: la de que todos tienen, no el derecho, sino la necesidad de la instrucción cristiana para que en todos se cumpla la voluntad de Dios: que hombres y mujeres lleguen a conocer la verdad y a salvarse (MR 193: 1 y 3).

En tercer lugar, hablan de algunos medios que La Salle utilizó para garantizar que los niños del pueblo frecuentaran la escuela: su insistencia para que los padres hicieran a sus hijos estudiar; su lucha contra el absentismo; y su defensa y práctica de la gratuidad, condición para que la asistencia universal a la escuela fuera posible. Sobre esta cuestión, Glatigny (p. 75) piensa que La Salle y sus Hermanos «hicieron eficaz esta gratuidad de la enseñanza primaria, tantas veces ordenada y casi nunca practicada».

En cuarto lugar, muestran que el esfuerzo de La Salle y los Hermanos por generalizar la enseñanza produjo resultados palpables: los Hermanos hicieron «retroceder brutalmente el analfabetismo masculino» en los lugares donde actuaron. Y «la Francia con el crecimiento más débil en la alfabetización en el siglo XVIII» fue «la que no acogió a los Hermanos de La Salle» (Chartier *et al.*, p. 80).

Finalmente, no esconden que los intentos de aplicación de ese principio y de esa práctica no se hicieron sin resistencias. Grosperin (p. 62–63), por ejemplo, comenta la oposición que los esfuerzos por la generalización de la enseñanza encontró por parte de las elites francesas. Y Giolitto (p. 32) habla

de La Chalotais contestando «la opción de los Hermanos por la instrucción de los hijos del pueblo».

2. Reconoció el valor de la escuela popular y se entregó a su promoción

Éste es ciertamente el punto más unánime de los historiadores de la educación con relación a La Salle. Su dedicación por la instrucción y promoción de las clases populares es reconocida y exaltada incluso por autores que hacen restricciones o son polémicos con relación al Instituto Lasaliano y a su fundador. Para unos, él crea la enseñanza y la escuela popular; para otros, la organiza; y para otros más, se entrega a su promoción con la dedicación y el celo de un apóstol. Concretamente, lo ven optando por una clientela popular, creando un programa popular, preparando maestros populares y contribuyendo, así, al desarrollo de una cultura popular, no clásica.

Tal atención educativa al pueblo, a los más necesitados, constituye, para Favre (p. 156), otra evidencia del vanguardismo lasaliano, y, esta vez, en el campo político-democrático: «Adelantándose a las corrientes democráticas actuales, San Juan Bautista de La Salle trabaja resueltamente en Francia por la educación del pueblo». Y tal atención no sólo permitió la mejora de las personas como personas y la mejora de sus condiciones de vida. Posibilitando a la gente del pueblo el acceso a la cultura básica, facilitó algún tipo de movilidad social. Tuvo reflejos sociales. Este papel de agente social de la obra educativa lasaliana, es negado por unos y destacado por otros. Quien afirma más categóricamente la contribución de La Salle no sólo en el ámbito de lo social sino también de lo político es Vincent (1885, p. 185): «Preparar maestros para la enseñanza popular es una idea generosa y fecunda, al tiempo que verdaderamente democrática (...). Quizás sin quererlo, La Salle, al difundir la instrucción entre las clases inferiores, fue uno de los mayores artífices de la Revolución y uno de los que más eficazmente trabajó para la proclamación de la igualdad humana».

3. Contribuyó a la organización y administración de la enseñanza elemental

Los autores de la Historia de la Educación reconocen en La Salle un especial talento organizativo y verifican que este talento lo aplicó con éxito al servicio de la administración de la educación. Según Vincent (1980, p. 20), es uno de los constructores de la «forma escolar». Y, de acuerdo con Hamilton (p. 26), colaboró al establecimiento de un nuevo «orden pedagógico», al describir, con la *Guía*, «cómo la escolaridad podría ser coherentemente organizada».

Concretamente, para los historiadores él organizó el espacio escolar; agrupó racionalmente a los alumnos; organizó el tiempo escolar, de forma que fuera integralmente aprovechado; fijó y graduó los contenidos del currículo elemental; definió claramente los criterios de promoción, las condiciones para pasar de una etapa a otra del proceso educativo; amplió la precisión de los registros escolares. Además de eso hablan de la creación de métodos, de la elaboración de manuales, y de la profesionalización del magisterio como otros factores para una mejor organización y funcionamiento escolares.

Con todo eso, Adamson (p. 236) concluye que los «servicios reales» de La Salle «a la administración educacional fueron efectivamente considerables». Petitat (p. 111) verifica que, con La Salle, «el alumno ya no compra servicios mejores o peores de maestros individuales..., sino que entra a una institución organizada». Y Giolitto (p. 41-42) asevera que La Salle contribuyó a que, después de él, pudieran aparecer «escuelas sólidamente organizadas» y «en el siglo XIX» se pudiese generalizar «una organización pedagógica racional y eficaz de las escuelas primarias».

4. Colaboró en el establecimiento del currículo elemental

La afirmación más general de los autores con relación a este asunto es que el Fundador de los Hermanos sustituyó un programa impreciso y fluctuante

en la escuela primaria por otro establecido con rigor. Los caracteres de este programa, son vistos de muy variadas formas. Hay quienes los consideran como algo común, igual al de todas las escuelas de la época y en todos los países católicos, los que lo juzgan equilibrado entre la justa amplitud y delimitación, hasta los que entienden que es amplio para su tiempo. Cuando discuten esta cuestión, a veces no separan bien los contenidos propios de la escuela elemental lasaliana de los desarrollados en otras instituciones del Instituto, por ejemplo, en la pensión libre de San Yon. Otras veces no dejan claro si los contenidos a que se refieren son los de los orígenes lasalianos o los trabajados en épocas posteriores.

Al examinar particularmente los contenidos desarrollados en las «Escuelas Cristianas», es decir, en las escuelas elementales lasalianas, hablan de la catequesis, de la lectura y escritura, de otros contenidos conexos con estas dos asignaturas (ortografía, composición escrita, gramática y dictado), aritmética y urbanidad. En relación con esos contenidos, destacan cosas como la prioridad concedida a la catequesis y la atención prestada, en ella, al método y al lenguaje; la existencia del dictado en la Guía de 1720, como una de las formas de aprender la ortografía; el hecho de que la aritmética sea enseñada y aprendida comprensivamente («par raison»); la importancia atribuida a los buenos modales, para cuyo aprendizaje La Salle escribió las *Reglas de Cortesía y de Urbanidad Cristiana* (RB).

A la urbanidad lasaliana, los historiadores la consideran a un tiempo mundana y cristiana. Con relación al manual lasaliano sobre la cortesía y civilidad, a pesar de algunas restricciones (minuciosidad, prolijidad, muchos preceptos caducados...), reconocen que él fue una «de las urbanidades más conocidas» (La Viguerie, p. 254), una obra «tenida por clásica en la materia por espacio de dos siglos» (Gaston, p. 171).

Sobre el papel que la misma ejerció, Chartier (p. 64) entiende que «el tratado de Juan Bautista de La Salle es un texto esencial en la trayectoria del concepto de civilidad». El mismo Chartier con otros (p. 141) constatan que

con estas Reglas el creador de las Escuelas Cristianas ha contribuido a modelar los buenos modales en los niños. Y el punto de vista de Garnot (p. 149) es más amplio todavía. Él piensa que, con las mismas Reglas, La Salle concurre a la construcción de la «civilización de las costumbres» de la cual habla N. Elias.

5. Participó significativamente en la utilización del idioma materno como base de la enseñanza elemental

Tocante a la cuestión de la lengua, los historiadores presentan interpretaciones muy distintas sobre la naturaleza de la acción de La Salle en relación con el uso del francés en su escuela. Pero la más repetida es la correcta, es decir, que La Salle pasa a enseñar la lectura en francés antes de la lectura en latín. Asimismo afirman que las razones que La Salle tuvo para hacerlo fueron: el contexto (movimiento a favor de los idiomas nacionales), una ley pedagógica (ir de lo conocido a lo desconocido), la facilidad y eficiencia (siendo más familiar, el aprendizaje del francés será más rápido), y la utilidad para la vida diaria de los pobres. Recuerdan también que la implantación de esta novedad no se hizo sin oposiciones. Pero que, en esta lucha, La Salle no estuvo solo. Él integró una corriente en la cual estaban los Señores de Port-Royal, los reformados...

En cuanto al significado de esta práctica lasaliana, en general, la clasifican como importante, o notable, o audaz y hasta revolucionaria. Gracias a la precedencia conferida al francés, Guerin y Vertheffeuille (p. 157) entienden que La Salle hizo la lengua vernácula victoriosa, y victoriosa de forma «decisiva y duradera». Por tal práctica, para algunos, el educador remense mantuvo a sus Hermanos más cercanos de los pobres (Marique, p. 241...), y contribuyó a una educación de carácter más nacional (Di Acadia, p. 47). Pero, para otros (Hamilton, p. 25; Clause, p. 57), con la misma, concurre a la creación de la doble escuela: la del francés, para los hijos de los trabajadores; la del latín, para los demás.

6. Contribuyó a la adopción y difusión del modo simultáneo de enseñanza

Este método de enseñanza es la práctica educativa a la que más se refieren los historiadores de la educación. Para ellos, La Salle y los Hermanos se identifican de tal forma con él, que muchos lo llaman simplemente «el método de La Salle y sus Hermanos» (La Viguerie, p. 145; Giolitto, p. 54).

Al hablar de él, recuerdan su naturaleza y que, al mismo tiempo que las permite, es también una exigencia para que las clases numerosas puedan existir.

Pero aunque hay autores que alertan sobre el hecho de que La Salle y los Hermanos no fueron los únicos en preconizar y emplear este método, muchos los consideran como sus introductores. Y tal sucede porque ellos lo codificaron, lo sistematizaron, reglamentaron detalladamente su empleo, lo difundieron en todas sus obras, lo utilizaron en todas las disciplinas y niveles, lo aplicaron de forma continuada, y, posteriormente, lo defendieron contra el intento de imponerles el método llamado «mutuo».

A propósito, llaman la atención sobre el hecho de que la adopción de este método por La Salle y sus discípulos fue complementado con el uso de elementos del método individual y de otros que recuerdan aspectos, incluso, del método «mutuo».

En su apreciación sobre este tema, hay autores que ven en el método simultáneo algún inconveniente. Pero el conjunto de ellos lo consideran ventajoso y un progreso en el proceso de la enseñanza e, incluso, una novedad, un hecho revolucionario. Lelièvre y Nique (p. 97) piensan que, con la *Guía de las Escuelas*, donde este método se explícita, «la enseñanza tiene, por fin, un método preciso, seguro, utilizable por maestros poco formados de la época, propio para hacer progresar grupos grandes de alumnos». Y Power (p. 349) juzga que, «sin un método como éste, perfeccionado por los Hermanos, la educación popular elemental nunca hubiera sido posible».

7. Dejó huella en varios frentes de la educación

Los historiadores de la educación consideran la serie de instituciones con las que La Salle respondió a las necesidades educacionales de su tiempo: el Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, la escuela normal, la elemental, la dominical, y los internados (de los jóvenes irlandeses y las instituciones de San Yon). Exponen luego su visión acerca del origen, naturaleza, clientela, finalidad, currículo y pedagogía utilizada en cada una de ellas.

Las dos primeras instituciones –el Instituto de los Hermanos y la escuela normal– van a merecer un apartado especial; en cuanto a las otras obras educativas:

- Los historiadores consideran la *escuela elemental* como el objeto de atención no sólo primero sino también esencial del Instituto Lasaliano. La califican de obligatoria, popular, gratuita, vernácula y laica (es decir, no de sacerdotes). Para Meyer (p. 179), «afrentar el problema de la instrucción de la infancia, en las escuelas elementales (al menos en Francia), fue obra notable de los Hermanos».
- En la *escuela dominical*, o «academia cristiana», llaman la atención particularmente sobre dos cosas: su adecuación al nivel del interés del alumno («los Hermanos los examinaron, se dieron cuenta de lo que cada uno deseaba aprender, y luego los distribuyeron por clases», como registró Doncourt en *Remarques sur l'Eglise et la Paroisse de Saint Sulpice*), y su especificidad lasaliana, es decir, el hecho de ir más allá de la finalidad tradicional de las escuelas de ese género, finalidad eminentemente catequística, impartiendo a sus alumnos asignaturas profanas, incluso para mejorar su preparación profesional: matemáticas, dibujo,...
- Del *internado de los jóvenes irlandeses* no hablan mucho. Con lo que se confirma por lo menos la primera parte de lo que escribió el

Hno. Maurice Auguste sobre esta obra excepcional y pasajera: trátase de «episodio simple y mal conocido», pero también «revelador». En París, e incluso en la Corte, la «Casa del Señor De La Salle» gozaba de la mejor nombradía.

- *La pensión libre de Saint Yon*, por lo contrario, merece la atención de muchos y a ella, en general, se refieren de forma muy positiva, considerándola como un momento significativo de la Historia de la Educación. En particular, afirman que es el «germen de la escuela primaria superior» que después se desarrolló en Francia (Adamson, p. 227); su currículo «recuerda singularmente el que Alemania seguiría luego en sus «Realschulen», y que Francke ya había ensayado en su «Pedagogium de Halle» (Buisson, p. 977); revela, una vez más, la capacidad de La Salle de adaptarse a las variadas situaciones educativas y a las necesidades de la época (Gastón, p. 174); y, finalmente que, con ella, se inauguran las humanidades modernas (Moreno y otros, p. 249).

- Con relación al Reformatorio para alumnos difíciles y al Centro para reclusos mayores, los autores, a veces, no distinguen muy bien uno del otro y hablan sobre todo del segundo. De lo que dicen de él, llaman la atención los principios pedagógicos que orientaban a La Salle en su trabajo correctivo con los delincuentes, principios que, para Behn (p. 221), serían: educar es más importante que castigar, y, a la aplicación de la pena hay que darle un sentido educativo. Se refieren también a la práctica del contacto con la naturaleza como medio moralizante (Id., Ib) y del régimen disciplinario del centro, a propósito del cual Herment (p. 222) dice que «el reglamento de esta “casa de fuerza” en nada se parecía a una prisión; era más bien el de un colegio en donde nada ultrapasa la corrección paterna». Finalmente, varios autores se refieren a un sentido vanguardista de esta institución. Por ellos puede hablar Adamson (p. 228): «Este reformatorio francés está fechado en el período de 1709 a 1715.

La primera ley que fundaba estas escuelas en Gran Bretaña fue aprobada en 1854, y Massachusetts se anticipó a ésta en casi seis años».

8. Preconizó y practicó una pedagogía fundamentada en el conocimiento del alumno

Con relación a este apartado, los textos que aluden a La Salle se refieren a su visión del niño; a su preocupación por conocer al alumno y por utilizar tal conocimiento en el trabajo educativo con él; a las modalidades prácticas utilizadas en la escuela lasaliana para llegar a tal conocimiento y a la forma como esta preocupación por conocer al alumno y adecuarse a él determinó, en las Escuelas Cristianas, una serie de adaptaciones y una flexibilidad no común.

Entre los medios que se emplean, en la escuela lasaliana para garantizar este conocimiento, aquél al que con más frecuencia se alude es el de los catálogos o registros. Algunos los tachan de instrumentos de poder y de acción disciplinaria, mientras que para otros muchos, son un valioso recurso educativo. Prairat (p. 263, 264) piensa que, «gracias a ellos, la Guía nos ofrece una tipología interesante y detallada (de alumnos), mostrando claramente que (con La Salle) la población escolar ya no es aprehendida de forma confusa e indiferenciada».

En razón de esta característica de la pedagogía lasaliana, hay los que relacionan a La Salle con la Psicología Individual y con la Psicología y la Pedagogía Diferenciales. Y Peters y Cooman (p. 68) evidentemente exageran: en razón de esta característica, transforman a La Salle en un «psicólogo eminente».

9. Colaboró para amenizar la disciplina escolar

En lo que a La Salle se refiere, el punto más controvertido entre los historiadores de la educación es el de la disciplina escolar, o el del orden, en el

lenguaje de la *Guía*. Los autores afirman que La Salle la valoriza, la encuentra necesaria, que es uno de sus formuladores y de sus instauradores, y que, en sus escuelas, el orden reinaba efectivamente. Pero, entre ellos, no acaban de ponerse de acuerdo sobre el tipo de disciplina practicada en la escuela lasaliana: unos la consideran austera; otros equilibrada entre el rigor y la blandura; y otros suave, incluso. Además observan que La Salle y sus Hermanos complementaron la disciplina preventiva (con todas sus variadas expresiones y recursos) con la correctiva (también con todas sus formas).

Este último punto, que la *Guía* llama «corrección», y que corresponde a los castigos físicos, es el de los más comentados y ciertamente el que más críticas suscita. Al abordarlo, los historiadores opinan que en este punto, el educador de Reims no superó la tendencia de su época, es decir, que admite su uso, lo considera necesario y legítimo y examina las razones que lo justifican; en la *Guía* reglamenta con precisión las circunstancias de su aplicación; intentó limitar su uso, recomendando que fuera muy raro y su aplicación condicionada con una serie de exigencias; preconizó el empleo de otros medios menos duros, es decir, las penitencias; y, en eso, aunque no logró su abolición, contribuyó a inhibir su utilización y, por lo menos, a atemperar su rigor.

10. Concurrió a la dignificación, profesionalización y preparación del magisterio primario

Los historiadores de la educación afirman que, por varios motivos, la persona del maestro y su formación constituyen una de las preocupaciones centrales de La Salle. Para Leif y Rustin (p. 87), por ejemplo, el pensamiento de prepararlos es «la idea que lo guía durante toda su vida».

Se preguntan sobre qué tipo de maestro pensaba preparar. Y responden que un maestro laico, esto es, no sacerdote; alguien con un concepto elevado de su misión y que se considera vocacionado para ella; un profesional dedicado

entera y establemente a su misión; alguien solidario, es decir, que realiza esa tarea en comunidad; que practica un conjunto de virtudes identificadoras (las «doce virtudes del buen maestro»); que vive su vocación con un realismo místico; y que, más que erudito, es alguien bien entrenado, en la visión de Cubberley (p. 348).

Ven también a La Salle preparando concretamente a sus maestros, a través de contenidos teóricos, de entrenamiento práctico y de formación religiosa, y con instituciones específicas: el noviciado, para los Hermanos, y el seminario para maestros del campo, para los seglares, es decir, en dos estilos de escuela normal. Ese tema de la escuela normal es uno de los que más comentan. Es también uno de los tópicos que mejor ejemplifica la multiplicidad de modos como los autores captan y comprenden la obra y el significado de La Salle en la Historia de la Educación.

De entre las varias posiciones que asumen en cuanto al protagonismo lasaliano con relación a esta importante institución educativa, el grupo mayor, todavía, es el de los que afirman que el fundador de las Escuelas Cristianas, en esta cuestión, «avanzó de las vagas sugerencias anteriores a lo puesto en práctica posteriormente» (Kane, p. 283); que él es el creador «de las escuelas normales en la moderna acepción que tienen hoy esos centros de formación del maestro de educación primaria» (Gil y Perusa, p. 100); y que «inauguró lo que realmente fue la primera escuela de entrenamiento de maestros laicos» (Marique, p. 239).

Evaluando esta contribución de La Salle a la educación, Bello (p. 157) piensa que «su inteligente preocupación con el problema de la formación moral y profesional del maestro fue su mayor mérito como pedagogo y educador». Y Scaglione (p. 6562) observa que la escuela normal «es considerada por algunos estudiosos como la más característica obra de La Salle». Penagos (p. 269) entiende que «donde La Salle muestra más originalidad es en la creación de las escuelas normales y en la formación del magisterio». A él se asocia también Alcalde (p. 555), para quien sus tres instituciones

magisteriales –la Congregación de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, los seminarios para maestros urbanos (noviciados) y los seminarios para maestros rurales– «constituyen la contribución más original del pedagogo remense a la Historia de la Educación».

Por su acción en esta área, Ullrich (p. 183) hace de él uno de los «sistemáticos profesores de profesores» de la Historia. Para Graves (p. 152), con él, «por primera vez fueron posibles profesores habilitados y entrenados para las escuelas primarias». Y, según Vincent (1980, p. 24), con La Salle y otros «el maestro ya no es un alumno que, una vez aprendido un saber, se pone a transmitirlo a otros; es formado, moldeado o transformado; se hace este ser especial capaz de instaurar el orden escolar, es decir, capaz de formar el ser-escolar».

Behn (p. 221) llama la atención sobre el hecho de que La Salle, con su esfuerzo y obra, cooperó para la elevación social del «status» del maestro de escuela.

Más de un autor señala que la escuela normal lasaliana significó un avance con relación a lo que había en la época en términos de formación de maestros, además de constituir ella misma un instrumento de evolución educativa. En la afirmación de ese progreso que ha significado la acción lasaliana con relación a la formación del magisterio, el juicio más aventajado parece ser el de Giolitto (p. 416): «En lo que a los maestros se refiere, Juan Bautista de La Salle es quien hizo dar a la escuela su paso al frente más espectacular, antes de aquél provocado por Jules Ferry».

11. Redactó un manual clásico en pedagogía: la *Guía de las Escuelas Cristianas*

Ésta es, por mucho, la obra de La Salle más citada por los autores de la Historia de la Educación.

La designan de forma muy variada: la *Guía de las Escuelas Cristianas*, la *Guía de las Escuelas*, o simplemente la *Guía*. O, también, los *Estatutos de la Escuela*, la *Orientación*, o la *Dirección de las Escuelas*.

Asimismo, tienen visiones diferentes acerca de su naturaleza. Hay quienes la consideran más del ámbito de lo pedagógico, como un manual que expone principios de la enseñanza, y quienes la perciben más como instrumento educativo, como guía práctica de metodología y didáctica, que muestra cómo enseñar y dirigir una clase. Algunos se fijan más en el aspecto jurídico, por su reglamentación precisa y detallada de la vida escolar; otros la ven más bien como un libro de administración escolar, que orienta sobre la organización del centro educativo.

Sobre su finalidad, posiblemente la idea más insistente es que este texto tiene por objetivo garantizar la unidad, incluso la uniformidad de las Escuelas Cristianas. Entre las características del texto, discuten sobre su minuciosidad y su sentido unificador. Destacan también la forma cooperativa y experimental de su elaboración, su búsqueda de lo nuevo, su sentido práctico, su pertinencia en relación con la época y la clientela de la Escuelas Cristianas, su rigor y su precisión «casi jurídica» (Petitat, p. 110).

Además de hablar de su trayectoria histórica, de las partes que la componen y del contenido de cada una de ellas, dicen también algo de cómo la ven en relación con otras obras escritas del fundador de los Hermanos y como expresión del propio La Salle, y se ocupan de su grado de originalidad. Referente a este último aspecto, todo un conjunto de autores coinciden en una doble afirmación: la de que, para escribir su manual pedagógico-educativo-administrativo, La Salle se inspiró en los mejores tratados anteriores; y la de que ésta «su obra es, todavía, personal y fruto de mucha reflexión y experiencia suya y de sus primeros discípulos» (Edelvives, p. 400). La relacionan sobre todo con la *Ratio Studiorum* jesuítica y la *Escuela Parroquial* de J. Batencour. Sobre esta última relación, el mejor juicio quizás sea el de Giolitto (p. 11), el cual asevera que la *Guía* superó la *Escuela*

Parroquial en importancia, pero que el texto de La Salle no hubiera podido ser escrito sin el libro de Bathencour.

Y finalmente se pronuncian sobre su valor pedagógico y el lugar que atribuyen a este manual en la Historia de la Educación. Entre los autores que lo hacen, Guion (p. 283) lo clasifica como un texto «capital». Vincent (1980, p. 66, 15-16) afirma que «ofreció un modelo de forma escolar» y que inspiró reglamentos no sólo en el área privada sino también oficial. Para Prairat (p. 202), fue, «sin duda, el manual más leído e influyente en materia de práctica pedagógica» en el siglo XVIII. Manacorda (p. 235) lo ve como «tal vez el más pormenorizado estatuto de las escuelas». Y Romano Vacca (ap. Nunes, p. 51) lo proclama «la carta magna de la escuela elemental».

12. Creó la primera Congregación masculina docente constituida sólo por religiosos Hermanos

A diferencia de algunos otros educadores y pedagogos, La Salle creó un Instituto de Educadores laicos, que con él, lo constituyeron y que, después de él, perpetuaron e internacionalizaron su pensamiento y su acción educativos.

Lo primero que llama la atención en este tema, es el nombre del Instituto y de sus miembros: Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, con las variantes empleadas conforme al país de los historiadores. En Francia, es interesante observar cómo esos religiosos, con frecuencia, son simplemente designados por «les Frères», sabiéndose de la existencia de otras congregaciones de «Frères». Es también notable el significativo número de autores que los designan, equivocadamente, como «Hermanos de la Doctrina Cristiana».

Varios autores se refieren a ellos como los «Ignorantins» (Ignorantillos, Ignorantelli, Ignorantenbrüder). Los que lo hacen, atribuyen el origen del

término a variados y diferentes motivos, en general más fruto de la imaginación que de fundamentación histórica. La idea más común en los textos es la de que los Hermanos pasaron a ser llamados así, sobre todo en Francia y durante los siglos XVIII y XIX, porque no estudiaban y no enseñaban latín. Pero nadie llegó a clasificar el verdadero origen de este apodo.

Algunos encuentran que esta designación es injusta. Otros, relativizan su connotación peyorativa. Hannack (p. 336) piensa que este nombre «debe ser tomado como nombre glorioso». Porque, según él, «el no saber latín fue lo que obligó a los Hermanos a impartir la enseñanza en francés y a dirigir sus intereses hacia los hijos del pueblo». Y algunos (Grosperin, p. 66) llegan a señalar que los que así son llamados son justamente maestros religiosos que se proponen trabajar para sacar al pueblo de la ignorancia, y que, a los ojos de la elite ilustrada, enseñan «demasiado» al pueblo.

La imagen del Hermano de las Escuelas Cristianas que resulta de la lectura del conjunto de los autores, es más bien la del religioso lasaliano pre-Vaticano II: moldeado por las *Reglas Comunes* anteriores a 1966-1967 y por la *Guía de las Escuelas*: centración exclusiva en la escuela, educación sólo para niños, clara dedicación a las clases populares, identificación externa; práctica de virtudes propias...

Y los historiadores ¿qué evaluación hacen del Instituto lasaliano a lo largo de la Historia, desde el punto de vista educativo?

En el conjunto, le atribuyen un papel importante en el mundo de la educación elemental popular, particularmente en Francia, pero también en otros países, incluso no católicos. En las «Comunidades Católicas», Monroe (1969, p. 192) juzga que los «Hermanos Cristianos» cumplieron, aunque no en el mismo grado que en Francia, en cuanto a la educación elemental, un papel similar al que los Jesuitas desempeñaron en la educación secundaria. Los historiadores reconocen, en general, que el Instituto de La Salle ha ofrecido una enseñanza de buena calidad y que, por eso, prosperó, tuvo éxito e influencia. Y

que eso sucedió en razón de la buena selección y formación de sus miembros, de centrar toda su atención en la educación, de su capacidad para seguir el ritmo de la evolución pedagógica, y de la dedicación de los Hermanos.

También hay autores que constatan que, por varias razones, la acogida a los Hermanos y la simpatía por ellos no fue siempre unánime ni universal. Así como también existen los que, les hacen restricciones y críticas. Y hasta unos pocos tienen de ellos una opinión totalmente negativa. Pero la comparación de estos reducidos puntos de vista negativos con las abundantes opiniones hasta encomiásticas, hace percibir, en el mundo de los historiadores de la educación, un amplio reconocimiento de los méritos y contribuciones del Instituto de La Salle en el campo de su actuación específica.

Volviendo a La Salle, los autores que discrepan de él no lo hacen con relación a su persona ni a su obra en general, y, mucho menos, con relación a su entrega a la educación de los hijos del pueblo. Las críticas que le hacen se dirigen a aspectos concretos y determinados, muchos de ellos práctica escolar común en su tiempo, tales como: la separación, del aprendizaje de la lectura, escritura y cálculo; el uso de los castigos físicos; el rigor del silencio y de la vigilancia; la minuciosidad de la Guía y la exigencia de su uso uniforme...

III. LECTURA DE ESTAS LECTURAS

¿Qué decir de estas lecturas que los historiadores de la educación hacen de La Salle como pedagogo y educador y de su obra, particularmente su Instituto religioso?

Lo primero que hay que comentar es que, al hacerse la historia de un personaje y al pronunciarse sobre él, hay que estar muy atento al «todo», a la globalidad de la persona objeto de estudio, y al «todo» de su entorno, es

decir, a su contexto. En lo que se refiere al «todo» de la persona de La Salle, un número reducido, alrededor de un 10%, lo toman en cuenta en sus textos sobre el Fundador de las Escuelas Cristianas. Lo conectan con su ser: su mente, su espíritu cartesiano, su orientación práctica, su sentimiento religioso, su sentido del deber, lo cual se refleja en su vida y acción, y puede ayudar a comprender cosas como el estilo de sus escritos, ciertas opciones, como el carácter práctico de sus escuelas y de la formación de sus maestros, la creación de estructuras adecuadas a su Instituto y a su clientela escolar, la cristianización de sus *Reglas de Cortesía y Urbanidad*, el empeño por las cosas bien hechas, porque sus escuelas «marchen bien»... Tienen en cuenta su vida, por ejemplo, su condición de tutor, su contacto con Roland, su compromiso progresivo con los maestros, circunstancias todas que lo prepararon a su vocación de pedagogo y fundador de su Instituto docente. Pocos son los que relacionan la *Guía* con las *Reglas Comunes* y con las *Reglas de Cortesía y Urbanidad Cristiana*, lo que podría, por ejemplo, ayudar a comprender mejor el sentido del silencio pedagógico lasaliano. Dicho en otros términos, la mayoría de los autores hacen una lectura «conductista» de La Salle. Y eso no les permite, por ejemplo, captar la dimensión mística del magisterio; las motivaciones lasalianas para la educación y para muchas de sus prácticas, como la corrección; la visión global lasaliana del maestro y del alumno; el sentido social de la Escuela Cristiana...

En cuanto al contexto, hay autores que presentan el cuadro general y educacional en el que La Salle vivió y actuó: situación político-social, luchas religiosas, nivel cultural, condiciones de vida de los maestros, presencia de la Iglesia en la educación, tipos de escuelas, prácticas de la vida diaria escolar... Al hacerlo, ayudan a percibir a qué necesidades La Salle y su Instituto fueron respuestas; o a captar el significado de afirmaciones como la de Penagos (p. 269) al decir que la pedagogía lasaliana es «hija de su tiempo»; a tomar conocimiento de las raíces de hechos como la oposición de los maestros calígrafos al Fundador lasaliano, o el porqué de ciertas aseveraciones que califican de revolucionarias algunas de sus iniciativas; a darse cuenta

de realidades que facilitaron o dificultaron la realización y la eficacia de su acción...

Los autores que relacionan a La Salle con su contexto, incluyen también en sus observaciones las relaciones que mantuvo con otros personajes de su tiempo, las influencias que sufrió, y cómo él se situó frente a este su contexto.

En este último punto, lo conectan particularmente con tres áreas: la educativa, la religiosa y la social. En el dominio de la educación, lo muestran integrando la corriente renovadora de su época, y a su Instituto representando «el movimiento pedagógico de su tiempo» (Farga, p. 346). En el campo religioso, verifican su participación en la dinámica renovadora de la pastoral de la Iglesia Católica en Francia en el siglo xvii, a través del instrumento de la Escuela Cristiana. Y en el terreno social, si, por una parte, lo ven respetuoso de las diferencias sociales y de los comportamientos por ellas dictados, por otra, reconocen el hecho de que su acción educativa tuvo efectos positivos en orden a la promoción y a la ascensión social de la «clase» popular.

Muchos autores, todavía, hablan de La Salle sin tener presente su contexto histórico-cultural. Y, en consecuencia, algunas veces le atribuyen la paternidad solitaria de prácticas que, en realidad, son fruto de un movimiento reformador más amplio: la utilización del idioma vernáculo, el empleo del modo simultáneo, la distribución de «oficios» entre los alumnos... Otras veces le exigen cosas prematuras para su siglo: presencia de niñas en la escuela lasaliana, consideración de la autonomía del joven... o, incluso, le reprochan, también anacrónicamente, la ausencia de prácticas educativas que sólo más tarde ocurrieron: alumnas en las clases lasalianas; el recreo y juegos en éste; simultaneidad de la lectura y la escritura; realización de trabajos en grupo en la pensión de S.Yon, contenidos que sólo posteriormente se adoptaron...

El segundo aspecto que uno observa es que los autores hacen varias lecturas del hecho La Salle y su obra.

Hay lecturas correctas, respetuosas con los datos ofrecidos por las fuentes primarias relativas a La Salle y con los parámetros de un análisis histórico. Pero hay también lecturas deformadas, o inexactas, incorrecciones en lo referente a la vida de La Salle, su Congregación, sus escuelas, sus escritos, sus conceptos y motivaciones para actuar, además de exageraciones o lagunas, o generalizaciones y transposiciones indebidas. Se encuentra también algún caso de lectura móvil o evolutiva. Así, por ejemplo, Solana, en la edición de 1940 de su *Historia de la Pedagogía*, habla, a propósito de La Salle, de «creación de la escuela primaria», y, en la edición de 1951, cambia para: «organización de la escuela primaria».

Al lado de éstas, hay, igualmente, la lectura selectiva en la que se destaca algún punto de interés para el autor y se desconsideran otros. En este sentido es sintomático el caso del grupo anticlerical que insiste en el hecho de que la Iglesia Católica, en vida del fundador de los Hermanos, le causó problemas, y después de muerto lo declaró como una de sus glorias. Otro caso que se podría citar es el de Larroyo (p. 461), el cual, al sintetizar lo que Riboulet y Edelvives dicen de la educación integral en La Salle, «olvida» la dimensión religiosa...

En muchos casos, lo que encontramos es una lectura múltiple. Se muestra, por ejemplo, con la comprensión que los autores manifiestan sobre la especificidad de La Salle en la utilización del idioma vernáculo, su grado de originalidad en lo referente a la creación de la escuela normal, la naturaleza y características de su Guía, el origen del apodo «ignorantillos» aplicado a los Hermanos, aspectos ya referidos anteriormente. Otro caso, y muy ilustrativo a este respecto, es la interpretación que los autores le dan a los comienzos del Instituto Lasaliano, a la forma como su fundador pasó a involucrarse con los maestros y escuelas. De ella los historiadores presentan tres versiones distintas:

La paulina: «Juan Bautista de La Salle parece destinado a las más altas dignidades eclesiásticas, cuando, bruscamente, llevado de una verdadera pasión por la educación popular, distribuye su fortuna y decide dedicarse totalmente a la enseñanza de los niños pobres» (Girolitto, p. 30-31).

La empresarial: «Juan Bautista de La Salle comprendió la necesidad que tenía Francia de elevar el nivel educativo de sus clases populares y, después de estudiar las causas que habían motivado el fracaso de tentativas aisladas, concibió un amplio plan, capaz de dar solución al problema» (Montilla, p. 179).

La providencial: «Dios... lo hizo de modo imperceptible, y por etapas sucesivas, de manera que un compromiso me llevaba a otro, sin poder prever nada desde el principio» (Blain, p. 169).

¿Y a qué se deben estas lecturas? El hecho de que haya lecturas deformadas debido a factores como el acceso insuficiente a las fuentes, o la lectura equivocada de las mismas; el desconocimiento de conceptos y terminología del contexto lasaliano; la copia fiel pero de fuente incorrecta, o la copia infiel de fuente correcta; explicaciones «lógicas» en el contexto en que vive el autor, pero que eran distintas en el siglo xvii; y a exageraciones para reforzar determinadas tesis del autor... Las lecturas múltiples y selectivas suceden debido a los horizontes mentales distintos de los autores, horizontes debidos al lugar geográfico de donde ellos hablan, el momento histórico cultural en el que viven y, sobre todo, a sus características personales, particularmente su filosofía de vida, sus creencias y, en algunos casos, la ideología que les sirve de prisma de lectura.

IV. SUGERENCIAS Y REFLEXIONES

El estudio de La Salle en la Historia de la Educación lleva a sugerir, a quien hable o escriba sobre él, o se disponga a propagar su vida, obra y pedagogía,

a que destaque algunos aspectos que lo caracterizan particularmente, y a que, en este esfuerzo, tome algunos cuidados especiales.

Primero, los cuidados: conectar a La Salle con su tiempo (él no es un Melquisedec bíblico, «sin padre, sin madre, ni genealogía»: Hebr. 7, 3). No olvidar que él tuvo cofundadores, a los cuales hizo partícipes de su itinerario y sus creaciones. No hacer de él una lectura puramente «paulina» o «empresarial». No hacer de él, tampoco, una lectura reduccionista, «conduitista»: Leer la *Guía* paralelamente sobre todo con las *Reglas Comunes* y las *Meditaciones*. De esta forma se resaltarán mejor aspectos como el carácter comunitario de la acción educativa de los Hermanos y el equilibrio religioso-profano, así como el «realismo místico» a que es invitado el educador lasaliano. Promover, si es necesario, la traducción de las obras de La Salle; situar cada una en el contexto y en la vida y el pensamiento del Fundador del Instituto lasaliano, y hacerlas llegar al mundo académico (bibliotecas...).

Después, los aspectos que hay que destacar: en primer lugar, su propia vida, en particular el éxodo socioeconómico y cultural que realizó en favor de los pobres. Y, además, su contribución a la generalización de la enseñanza en el medio popular. La variedad de los frentes educativos para los cuales buscó respuesta. Su influjo para la dignificación, la profesionalización y la formación del maestro de la escuela primaria, y la creación de la primera escuela normal, incluso con escuela de prácticas, para maestros laicos. Sin necesidad de darle el título de «psicólogo eminente» como hacen Peters y Cooman (p. 68), convendrá destacar la modernidad de su interés por conocer a cada alumno y por adecuar contenido y lenguaje a sus intereses y a su nivel. Destacar el valor y el papel ejercido por la *Guía de las Escuelas Cristianas* en la práctica pedagógica y por las *Reglas de Cortesía y Urbanidad Cristiana* en la formación y la cristianización de las prácticas de civilidad.

Y la lectura de los historiadores de la educación en lo referente a la Salle y su obra invita también a los lasalianos a reflexionar sobre la fidelidad creativa

en aspectos de la obra y el estilo educativo lasalianos en el pasado: la creatividad para responder a las nuevas y múltiples necesidades de la juventud y para seguir en la atención prioritaria a la clase popular. La contribución de un Instituto internacional docente a la generalización de la enseñanza en nuevos niveles, así como al dominio de nuevos lenguajes útiles y necesarios para la comunicación en el siglo XXI. La formulación actual del ideal lasaliano del educador y los nuevos contenidos y metodologías para prepararlo a vivir dicho ideal. La visibilidad de la identidad, sea de las escuelas, sea de la pedagogía lasaliana, y la posibilidad de la formulación actualizada y cooperativa de tal identidad, a ejemplo de lo que ocurrió con la elaboración de la *Guía de las Escuelas Cristianas*.

Bibliografía

- ADAMSON, John William. *Pioneers of Modern Education in the seventeenth century*. New York: Teacher College Press (Columbia University), 1971.
- ALCALDE, Josafat, *La Salle, San Juan Bautista de*. In: GARCÍA Hoz, Víctor (Dir.), *Diccionario de Pedagogía Labor*, 2.ª ed. Barcelona, Madrid, Buenos Aires, Rio de Janeiro, México, Montevideo. Editorial Labor, 1970.
- BEHN, Siegfried. *Historia general de la pedagogía*. Madrid: Espasa-Calpe, 1939.
- BELLO, Ruy de Ayres. *Esboço de história da educação*. Sao Paulo: Nacional, 1945.
- BLAIN, Jean-Baptiste. *La vie de Monsieur Jean-Baptiste de La Salle, instituteur des Frères des Écoles chrétiennes*. vol.I. Rouen: Jean-Baptiste Machuel, 1733.
- BUISSON, F. *Nouveau dictionnaire de pédagogie et d'instruction primaire*. Paris: Hachette, 1911.
- CHARTIER, Roger. *Lectures et lecteurs dans la France d'Ancien Régime*. Paris: Seuil, 1987.
- CHARTIER, Roger et al., *L'éducation en France du xvii e au xviii e siècle*. Paris: SEDES, 1976.
- CLAUSSE, Arnould. *Introduzione storica ai problemi dell' educazione*. Firenze: La Nuova Italia, 1974.
- COLE, Luella. *A history of education*. New York: Hol, Rinehart and Winston, 1952.
- CUBBERLEY, Elwood P. *Reading in the history of education*. Boston: Houghton Mifflin, 1920.
- DI ACADIA, C. Motzo Dentice. *Storia della pedagogia*, vol. II. Firenze: G. C. Sansoni, 1940.
- EDELVIVES, *Historia de la Pedagogía*. Tomo 1. Barcelona: Luis Vives, 1935.
- FARGA, L. Miguel. *Compendio de historia de la pedagogía*. Barcelona: Penella y Bosch, [s.f.].
- FAVRE, Justo A. *Historia de la educación*. Buenos Aires: Stella, 1959.
- FURET, Françoise; OZOUF, Jacques (Dir.) *Lire et écrire*. Paris: Les Éditions de Minuit, 1977.
- GARNOT, Benoit. *Les chemins de la connaissance: lire, écrire, savoir*. In: MUCHEMBLED, Robert (Dir.). *Sociétés, cultures et genres de vie dans la France moderne: xvi e-xvii e siècle*. Paris: Hachette, 1991.
- GASTON MARIA. *Historia de la educación*. Lima: Carlos E. Larrabure, 1937.
- GILES, Thomas Ransom. *História da educação*. Sao Paulo: EPU, 1987.
- GIOLITTO, Pierre. *Abécédaire et férule*. Paris: Imago, 1986.

- GIL y MUNIZ, A.; PERUSA y PÉREZ, V. *Pedagogía moderna: historia de la educación y de la pedagogía*. 2.ª ed. Málaga: R. Alcalá, 1924.
- GLATIGNY, Michel. *Histoire de l'enseignement en France*. Paris: PUF, 1949.
- GRAVES, Frank Pierrepont. *A student's history of education*. New York: The McMillan, [s.f.].
- GROSPERRIN, Bernard. *Les petites écoles sous l'Ancien Régime*. Rennes: Ouest-France, 1984.
- GUÉRIN, M. A.; VERTEFUEILLE, P. Y. *Histoire de la pédagogie par les textes*. Montreal: Centre de Psychologie et de Pédagogie, 1960.
- GUION, Jean. Du préceptorat à l'enseignement simultané: les grandes precurseurs... In: AVANZINI, Guy (Dir.). *Histoire de la pedagogie du 17e siècle à nos jours*. Paris: Privat, 1981, pp. 281-290.
- HAMILTON, David. Mundaça pedagógica: A trajetória de uma pesquisa histórica. *Teoria & Educação*. Porto Alegre, 6, pp. 3-32, 1992.
- HANNAK, E. *Encyklopädisches Handbuch der Pädagogik*. Landengenfalsa: Hermann Beyer & Söhne, 1989.
- HERMENT, J. *Manuel d'histoire de la pédagogie*. Gembloux: J. Duculot, 1923.
- KANE, W. *A history of education*. Chicago: Loyola University Press, 1938.
- LARROYO, Francisco. *História geral da pedagogia*. Ed. Sao Paulo: Mestre Jou, 1970.
- LA VIGUERIE, Jean de. *L'institution des enfants*. Paris: Calman-Lévy, 1978.
- LEIF, J.; RUSTIN, G.. *Histoire des institutions scolaires*. Paris: Delagrave, 1965.
- LELIÈVRE, Claude; NIQUE, Christian. *Histoire biographique de l'enseignement*. Paris: Retz, 1990.
- MANACORDA, Mario Alighiero. *História da educação*. 3.ed. Sao Paulo: Cortes, 1992.
- MARIQUE, Pierre J. *History of christian education*, vol. II. New York: Fordham University Press, 1926.
- MEYER, Adolph Erich. *An educational history of the western world*. New York: McGraw-Hill, [s.f.].
- MONROE, Paul (Edited by). *A ciclopedia of education*. New York: The McMillan, 1912.
- História da educação*. 8.ed. Sao Paulo: Nacional, 1969.
- MONTILLA, Francisca. *Pedagogía e historia de la educación*. Madrid: [s.n.], 1968.
- MORENO G., Juan Manuel et al., *Historia de la educación*. 3.ª ed. Madrid: Paraninfo, 1978.

- NUNES, Ruy Afonso da Costa. *História da educação no século xvii.* Sao Paulo: EPU: EDUSP, 1981.
- NUNES, Clarice; CARVALHO, Marta Maria Chagas de. Historiografia da educação e fontes. Caderno ANPED, Porto Alegre, n. 5, 1993.
- PENAGOS, J. A. *Filosofía e historia de la educación.* Bogotá; Estela, 1968.
- PETERS e COOMAN. *Pequena história da educação.* 7. ed. Sao Paulo: Melhoramentos, 1967.
- PETITAT, André. *Produção da escola- produção da sociedade.* Porto Alegre: Artes Médicas, 1994.
- POWER, Edward J. *Main currents in the history of education.* New York: Mc Graw-Hill, 1962.
- PRAIRAT, Eirick. *Éduquer et punir.* Nancy: Presses universitaires de Nancy, 1994.
- SCAGLIONE, S. La Salle In: LAENG, Mauro (Dir.) *Enciclopedia pedagógica*, vol. IV, Brescia: La Scuola, 1990, pp. 6557-6564.
- SOLANA, Ezequiel. *Historia de la pedagogía.* Madrid: Escuela Española, 1951.
- TESTORE, Celestino; GUASCHETTI, Carlo. *Pensiero pedagogico e storia dell'educazione.* vol. 2. Torino: Paravia, 1950.
- ULLICH, Robert. *History of educational thought.* New York: American Book, 1945.
- VINCENT, Guy. *L'école primaire française.* Lyon: Maison des Sciences de l'Homme, 1980.
- VINCENT, P. *Histoire de la pédagogie.* Paris: N. Fausé et F. Nathan, 1885.